

## ***Escuela con confianza es oxígeno mental***<sup>1</sup>

Nelson Vallejo-Gómez

*Filósofo franco-colombiano - Doctor Honoris Causa de la Universidad de Caldas (Manizales)*

“La conciencia sin la conciencia es la ruina del alma”  
Rabelais, *Pantagruel*, 8 (1532)

Consciente de que la sociedad francesa sufre una crisis múltiple grave de confianza, identidad y proyecto político de significado local/global, en lo personal como en lo colectivo, igual que muchas otras sociedades en el mundo, el ministro de educación, Jean-Michel Blanquer, propuso al tomar la cartera que le confiaba el Presidente Emmanuel Macron, el 17 de mayo de 2017, que la propuesta visionaria: *Escuela con Confianza* generara un bucle interactivo las relaciones en la triada República↔Calidad↔Felicidad, y con ello, se construyera la política pública de la educación.

La apuesta de Blanquer considera que formar confianza es receta y fármaco para vincular en un todo social abierto y sistémico la base común de conocimientos, competencias, aptitudes y culturas, que le permitan a una sociedad combatir dicha crisis; pues hay múltiples factores de inequidad y falta de reformas integrales con justicia social, que requieren saberes, algunos tradicionales y otros inéditos, para evitar que se generen violencias, y se carcoma la posibilidad del buen-vivir-bien, individual y colectivamente.

El dato histórico es que, en una era mundial y planetaria global, las revoluciones cognitiva, digital y ambiental se han vuelto insustentables, pues desgastan los mecanismos tradicionales de la democracia representativa e invitan a repensar el paradigma de una democracia cognitiva, así como el de una educación en clave de complejidad, para enfrentar los desafíos que provocan y los nuevos conocimientos que aportan dichas revoluciones.

El mantra de esta propuesta política educativa es un vocablo simple y complejo, a saber, *Confianza*. Inspirada en antiguas sabidurías, podría decirse que, así se tenga todo la plata del mundo, si no se tiene confianza, no se tiene nada, y así se tengan todos los saberes, competencias, pedagogías, metodologías, aptitudes para enseñar y aprender, si no se tiene confianza, nada se tiene, porque faltaría el hilo humano, la urdimbre cualitativa; faltaría lo que “ni se compra, ni se vende”, lo que no se cuantifica ni burocratiza; faltaría lo que hace que fines y medios se retroalimenten para que no sólo se viva de “pan y circo”.

*Confianza* es la energía espiritual que teje con empatía las partes del sistema educativo en un todo de pensamiento complejo, crítico e íntegro, en un ser que actúa éticamente, es decir con responsabilidad y solidaridad. La finalidad es entonces una educación de calidad que regenera los valores democráticos, que da gracia y felicidad a todos los actores de la educación, tanto en el aula como en la escuela, y que responde así a indicadores de políticas públicas de calidad educativa. Por esa energía espiritual se entiende que *Escuela con Confianza* prepara a una sociedad inclusiva, responsable y solidaria, una *Sociedad con Confianza*.

---

<sup>1</sup> Trama revisada de un texto publicado en la Revista SEMANA, Colombia, 2018, con motivo de la crisis llamada “Chalecos Amarillos” en Francia, durante el segundo año del primer mandato presidencial de Emmanuel MACRON).

Históricamente, la Nación Francesa pasa por ser un pueblo que interpela al mundo entero, a través de la condición humana, en libertad, igualdad y fraternidad, desde 1789, cuando se fraguó el paradigma político de la democracia representativa moderna, a saber, los derechos del hombre y del ciudadano. De ahí que, el fenómeno disruptivo, denominado “*chalecos amarillos*”, es la prueba de ácido de la poli-crisis de confianza. Pone de manifiesto la decadencia relativa en que se encuentra Francia, como si fuera una resonancia de lo que pasa en muchos otros países. Lo que muestra fatiga socio-económica de fondo, desidia y pesimismo, y hasta falta de sentido político y compromiso ciudadano; lo que desgarrar la trama del pacto social republicano, y fragiliza la democracia representativa tradicional. Además, con una población cada vez más multicultural y cosmopolita, pero ignorante de la Historia, de los principios e ideales de la República francesa, Francia como tal se ha convertido en abstracción para ricos indiferentes o en referente de Estado providencia en bancarrota para la clase media urbana y rural, en vía de pauperización.

Con todo, el aumento del impuesto a la gasolina, por razones de política de transición ecológica y de lucha contra la contaminación que produce la energía fósil, fue el “florero de Llorente” de la actual revuelta francesa. Una madre soltera con tres hijos, salario mínimo, sobregiros y créditos de consumo sin tener con qué pagar; víctima tanto de un sistema bancario prestamista, financiero y oportunista, como de la histeria consumista, se auto filmó y lanzó un grito desesperado: *los que estén en igual situación socio-económica, que se pongan un chaleco amarillo y salgan a protestar, bloqueando la libre circulación e interpelando al Gobierno.*

Ahora bien; ¿Protestar por qué y contra quién? Por tener más y acusando, en lógica paternalista o chivo expiatorio, al Príncipe, es decir, al Presidente de la República. A una turba que se apoderó de los espacios públicos, bajo convocatorias digitales y falsas verdades en redes sociales, se le anudaron agitadores profesionales del desorden con comportamiento delincual, aprovechándose al máximo del caos, justificando la violencia de los unos y estigmatizando la de los otros, poniendo en jaque al sistema democrático y cuestionando los principios republicanos. Yendo hasta a pedir nuevas elecciones o una Constituyente. El grito desesperado encontró eco en un número cada vez mayor de excluidos del sistema socio-económico y cultural, gracias a la revolución digital de las redes sociales. El llamado encontró también una oportunidad en el hecho de que todos los automovilistas tienen en Francia la obligación de llevar en su carro (símbolo del individualismo capitalista) un chaleco amarillo, y ponérselo cuando se varan en el camino. Con lo cual, la mayoría de la población tuvo a la mano y de inmediato una figura simbólica de reconocimiento visual, amén del agravio, viejo como el mundo: ir contra los impuestos y decir que están mal invertidos, cuando no denunciar despilfarro y hasta corrupción.

Acotemos también que el reclamo inicial mutó en insurrección urbana, y la figura “chalecos amarillos” puso de manifiesto el desafuero y exceso en que vive, individual y colectivamente, una sociedad de consumo, sin reglas morales y cívicas claras, donde lo fundamental parece ser únicamente el aumento cuantitativo del “poder de gasto”, así se quiebre el equilibrio de la canasta familiar y el de las arcas públicas. Más “poder de gasto” para fulano y aumento de ganancias sin límites para zutano, abusando todos del sistema, reclamando más derechos individuales y menos deberes colectivos, parece ser la mediana que lleva al quiebre. El nivel de vida promedio se vuelve entonces insustentable, y hasta el planeta Tierra, convertido en variable única de consumo para una humanidad en clave depredadora, entra en mutación crítica.

En esta perspectiva, el fenómeno “chalecos amarillos” aparece como la metáfora de la condición social en países que viven en régimen democrático y en Estado providencia, donde lo infra político (el pueblo) y lo supra político (la élite) se ignoran y violentan en lo físico y lo simbólico, desgastándose así las mediaciones individuales e institucionales, necesarias al buen-vivir-bien. Entre tanto, no emergen fundamentos de un nuevo pacto social ilustrado o *democracia cognitiva*, basada en una política de civilización de lo humano, responsable y solidaria del NosOtros, del Todo-Mundo,

como acota Edgar Morin en diferentes aspectos de su obra magna, *El Método* (6 tomos), al igual que el poeta-pensador, Edouard Glissant.

El “mal francés” no está únicamente en Francia: las deudas individuales y colectivas son cadenas con las que la banca-financiera esclaviza a las personas y, el exceso de impuestos, a las sociedades que viven obsesionadas por el “poder de adquisición” y con economías basadas en los indicadores únicamente capitalistas de la renta, del producto interno bruto (el bien nombrado), del provecho individual. Desde la crisis de los 70s del siglo pasado, se busca incluir indicadores de desarrollo económico estatal con dimensiones cualitativas invaluable, pero esenciales al buen-vivir-bien. A este mal social lo simboliza la revuelta “chalecos amarillos”, además de querer menos impuestos para vivir dignamente en lo individual, se quiere servicios públicos para vivir dignamente en colectividad, sobre todo en zonas urbanas periféricas y rurales deprimidas.

Ese pedido público es contradictorio y abre muchas aporías en una sociedad de régimen democrático y social, pues emergen oposiciones entre las obligaciones para llevar adelante una economía política con justicia social y la ética de la economía casera. Y esas contradicciones, no reguladas ni pensadas en su complejidad, llevan a una auto-eco-degradación en círculo vicioso y sistemático de la biósfera (la naturaleza) pero también, como lo acota Edgar Morin, de la sociósfera (la sociedad), de la psicósfera o noosfera (el ecosistema cognitivo de cada individuo, donde está en relación el cerebro, la mente, la lengua y la cultura que nos anima). Razón por la cual, hay un llamado urgente a entamar intereses y contradicciones en un nuevo pacto social, basado en bienes comunes, en clave de poética de civilidad y círculo virtuoso individuo-sociedad-naturaleza.

Así pues, “chalecos amarillos”, apoyado por la mundialización del siglo digital planetario, pone de manifiesto una crisis de civilización y de humanidad. Pero a su vez, el descontrol mental, la ausencia de dirección y sentido, la falta de educación necesaria a la revolución cognitiva y digital, hacen que los agravios legítimos de “chalecos amarillos” tengan una comunicación parasitada por estigmatizaciones, *Fake-News*, post-verdades; se padezca lógicas de desconfianza y mentalidad complotista. Con todo, la revolución digital se ha convertido en soporte de “inteligencia artificial”, que manipula mentes carentes de pensamiento crítico e integral, carentes de responsabilidad y solidaridad, es decir, sin educación de calidad, sin valores democráticos, sin principios republicanos, sin enseñanza moral y cívica aplicada.

Para mediar dicha carencia cognitiva, encontramos acciones educativas concretas en el paradigma educativo que hay en *Escuela con Confianza*, donde hay respuestas posibles a la solución de la poli-crisis “chalecos amarillos”. En efecto, dicho modelo declina actividades pedagógicas, de evaluación y de gestión, basadas en aportes de la investigación científica, con la finalidad de que la escuela contribuya a la transmisión y a la convivencia de los valores y principios de la República francesa. Se busca construir una escuela de calidad educativa, buena voluntad y placer al aprender y al enseñar, entamando en sistemas abiertos la base de conocimientos, competencias y culturas. Así pues, la escuela contribuye a una sociedad con confianza, próspera y en paz.

No bastará con indicar la vía para una nueva política educativa, basada en la Confianza, se requiere también voluntad, perseverancia y acciones individuales y colectivas, orientadas a tejer en conjunto y a revitalizar los ecosistemas naturales, sociales y mentales de los seres humanos. La Educación con Confianza aporta energía espiritual y nuevo sentido a las nociones de provecho y de ganancia, de manera más humanista y menos materialista, con responsabilidad y solidaridad, pues la Confianza permite recuperar en cada ser humano la veracidad y la justicia, la belleza y la esperanza por una vida digna y mejor, por una querencia en las casas, los territorios, en el país y en la *Tierra-Patria* (cf. el libro homónimo de Edgar Morin).

Es ya cuestión de vida o muerte para el individuo y la sociedad, que la educación con confianza conduzca al buen-vivir-bien los unos con los otros, que lleve a preparar una generación de jóvenes ciudadanos que sepan leer, escribir, razonar y *respetar a los demás* (dixit Blanquer). Surge así una política educativa de civilización, una utopía realista en donde todos, sin desigualdades aberrantes, en vez de “poder de gasto”, tengamos poder espiritual para vivir, amar y pensar; que cada uno tenga su parte digna de pan, salud y educación y comprenda que, la finalidad de un ser humano es una vida alegre y amorosa, un vector vital y espiritual de *PoéticaDeCivilidad*. /